

cado, lo que no ha sido mancillado por la civilización que se dejó atrás.

Luego llegará al ágora: a esa plaza donde pasa todo lo que sucede en Oxford, donde pasó todo en Jefferson. Se reconoce fácilmente, en su centro, el viejo Palacio de Justicia, cuadrado, macizo. Ante ese Palacio, sobre el cual hoy revolotean las palomas que anidan en su reloj de cuatro caras (cada una de las cuales marca una hora diferente para des-concierto o felicidad de todos los habitantes de Oxford), Horacio Bem-bow asistió impotente, en *Santuario*, al incendio de la prisión una noche de 1928. También Byron Bunch asistió, como aplastado testigo, al linchamiento de Joe Christmas, presunto asesino de Joana Burden, en *Luz de Agosto*. En esa plaza llega la primera gota de ambición diferente que representa Snope, acodado, como tantos pasajeros ahora, en la baranda de madera del hotel Holston. De ella puede decir Charles Mallison en *La ciudad*: «Nuestro pueblo fue fundado por anabaptistas arios y por los metodistas.» A un lado del Palacio de Justicia se ve el edificio más viejo de Oxford-Jefferson, probando el juicio del personaje novelesco: la pequeña iglesia episcopal fundada por Alec Holston, el mismo que luego daría el nombre al hotel. Junto al pastor protestante llegaría el Dr. Habersham, uno de cuyos descendientes aparece en *Intruso en el polvo* y cuyo modelo era un Dr. Isom de carne y hueso; también un francés, Louis Grenier, mercader de esclavos y primer plantador de algodón en el país. Antes de ellos, fue la prehistoria, el período indio que tal vez diera el nombre al condado de ficción: Yoknapawpha.

Sin embargo, el Jefferson que hoy se puede ver es la obra de una segunda generación de blancos: los Sartoris, los Stevens, los Compson, los Mac Caslin y los Coldfield, los que levantaron ese Tribunal, esa prisión, ese Banco, que convirtió al pueblo de pioneros y anabaptistas en la aristocrática Jefferson.

Fue entonces cuando la ciudad entró en un breve período de prosperidad: se extendió, aparecieron las tiendas, las grandes casas-quinta de sus alrededores.

En la misma plaza central se descubren las huellas de esa época paradójicamente paradisiaca, donde los expoliadores y los mercaderes de esclavos pudieron vivir con buena conciencia, y en que los aventureros estaban más allá del bien y del mal. Charles Mallison lo podría contar con ingenuidad en *La ciudad*. A un lado de la plaza—por ejemplo—está el Banco que fundara el coronel John, abuelo del novelista, cuyo alter ego novelístico sería el irritable Coronel Sartoris.

Frente al Tribunal está el clásico monumento de todas las villas del Sur de los Estados Unidos: un soldado confederado, que en Oxford

fuera ofrendado por un pariente de Faulkner. La misma bandera sudista está izada hoy en un edificio lateral; es posible leer: Colegio Rebelde de Cosmetología. Bajo las arcadas y las rejas coloniales de los edificios laterales caminan, sin admirarse por los artesonados de madera, las compradoras de la tienda y almacén de ramos generales Neilson, fundada en 1839. Y sobre la pequeña callejuela lateral, hacia la que se abren viejos soportales, hay un pequeño espacio verde: allí juegan, olvidados del tiempo, apacibles partidas de damas algunos retirados.

Quizá el lugar más famoso es el *drug store*, que todavía dirige hoy Mack Reed, y adonde venía el propio Faulkner a comprar su periódico favorito: «El anuncio comercial de Memphis». Hoy, Mack vende postales, donde, algo más joven, aparece junto al premio Nobel. También cuenta a los visitantes su importante función secundaria: haber empaquetado durante años los originales de las novelas de Faulkner para enviarlas a los editores de Nueva York. «Los traía siempre con la misma modestia: cuando nadie lo conocía o cuando todo el mundo lo admiraba.»

Pero Oxford es una ciudad maldita: tiene un «pecado original», que Faulkner narra en «El Génesis» de *Réquiem para una mujer*. Es ciudad porque se compró administrativamente ese título con el dinero de un cofre robado; con quince dólares se levanta el Palacio de Justicia, el Tribunal con que un pueblo se habilita en ciudad. Irónicamente, en la contabilidad municipal esos quince dólares se imputan al rubro de compra de implementos para los pioneros que partían de Jefferson hacia la conquista del Oeste.

Pero, además, Oxford es una ciudad maldita porque ha mantenido durante décadas un coro silencioso de testigos que circulaban por la misma ágora en que las tragedias se desenvolvían: los negros. La presencia masiva y callada de los negros se hizo obsesiva, especialmente en los tiempos de cambio y de liberación, haciendo pesar sobre la ciudad un sentimiento de culpa ilevantable. Es el pecado original no redimido: la pasada esclavitud, el presente sojuzgamiento. La presencia del negro es un recuerdo permanente del pecado y de su castigo; no podía servir—como no sirvió en la obra de Faulkner—para otra cosa que para tragedias y remordimientos y un rencor entrelazándolos inextricablemente en un deseo de expiación y venganza.

William Boozer recuerda, como un historiador que intenta rescatar la realidad del fastuoso bagaje de ficciones y leyendas que pesan sobre ella, que Oxford (y no Jefferson) fue convertida en ciudad por un acto del poder legislativo de Mississippi. Antes había un episodio confuso, pero real: se compró a los indios chickasaw, el 12 de junio de 1836, un